

La lectura espiritual, la meditacion bien dirigida y la presencia de Dios, nos proveen sin duda competentemente para emplear los medios referidos, cuyas aplicaciones corren por los sentidos, las potencias y los hábitos. Direccion de los sentidos, carácter moral de las potencias, influencia de la confesion y del ascetismo sobre los hábitos; tales son los objetos en que nos proponemos ejercitar el criterio moral y aplicar los antecedentes mencionados.

Entremos pues en materia, comenzando por definir y apreciar la perfeccion moral.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### CARÁCTER É IMPORTANCIA DE LA PERFECCION MORAL.

Llamamos perfeccion moral *al constante y ordenado concierto de nuestras facultades físicas, intelectuales y morales con el objeto final de nuestro ser y el último destino de nuestra existencia.* Este concierto supone, en primer lugar, las relaciones constantes de estos tres órdenes de facultades; en segundo lugar, la debida subordinacion de las unas á las otras; en tercer lugar, la unidad que debe haber en el pensamiento y en la accion; en cuarto y último lugar, la correspondencia de uno y otro y su aptitud esencial para llenar nuestro fin. Cuando concurren tales requisitos en nuestra conducta, se ve que la inteligencia gobierna los sentidos, la voluntad se concierta con la inteligencia, y una y otra están sometidas á la lei. Al contrario, cuando falta uno solo de estos requisitos, ora porque los sentidos subyuguen á la razon, ora porque anden en desacuerdo esta y la voluntad, ora finalmente porque una y otra, ó sea la libertad, se rebelen contra la lei, ni hai concierto en los atributos morales del hombre, ni este puede amar á Dios, amar debidamente á los otros hombres y lograr su último fin. Si pues aquellos requisitos constituyen, como ya se ha dicho, la perfeccion moral, si faltando cualquiera de ellos, ni se puede amar como se debe á Dios, á sí mismo y á los hombres, y si este triple amor es una lei, debemos reconocer, como una consecuencia forzosa, que la perfeccion moral es una lei natural y divina que obliga universalmente á toda la especie humana.

La idea que acabamos de dar de la perfeccion moral, nos conduce á establecer algunas verdades de consecuen-

cia, que importa mucho tener presentes, para no sufrir equivocaciones de no poca trascendencia que podrian sobrevenir como resultado de un método vicioso al desenvolver y aplicar los principios de la ciencia.

**PRIMERA:** no se trata de una pefecion absoluta, es decir, de una perfeccion fuera de la cual no exista ni se conciba cosa mas perfecta; porque una perfeccion tal solo se halla en Dios como una condicion esencial de su naturaleza divina.

**SEGUNDA:** tampoco se habla de una perfeccion omnimoda aun dentro de los términos de la naturaleza humana. Una perfeccion de esta clase seria en primer lugar el *hasta aqui* de la accion de nuestras facultades todas, favorecidas por la gracia, llevadas al último término y exentas de todo peligro: esta es la condicion propia de los bienaventurados, y no pertenece al orden transitorio, limitado y peligroso de los que andan todavia la carrera de los merecimientos: seria en segundo lugar el último grado á donde puede llegar el hombre moral favorecido por la gracia; reuniria todas las virtudes y todas las perfecciones diversas, y supondria ejecutado, no solamente lo que es de lei, sino aun lo que es de mero consejo; seria, en suma, una perfeccion moral, pero mui superior á la que tiene por objeto la lei.

**TERCERA:** se trata pues de la perfeccion que consiste en la posesion de la caridad, ó para no abandonar el idioma del Derecho, de la perfeccion que consiste en la fiel observancia de la lei.

**CUARTA:** la lei regla al hombre tanto en el orden comun, como en el orden particular. Hai pues una perfeccion que consiste en el exacto cumplimiento de los deberes que Dios ha impuesto indistintamente á todos los hombres, pescindiendo de las mil diferencias que entre ellos hai por razon de su estado, clase, &c. y ésta constituye un deber absoluto y universal; y una perfeccion que se refiere en todo al estado, clase particular, condicion, &c. de ciertos individuos, y esta constituye un deber particular y relativo. Bajo este respecto hai entre los hombres obligaciones mui diversas, aun sin salir del orden simplemente individual y privado.

Finalmente, reconocemos como una consecuencia forzosa de lo dicho, que si la perfeccion es una lei é igualmente un deber; la práctica de los medios esenciales para llegar á esta perfeccion, tiene los mismos caractéres, y el sistema de estos mismos medios es un sistema de leyes, y constituye, por tanto, un riguroso *Derecho.*

Las ideas que acabamos de exponer, manifiestan palmariamente la importancia suma de la perfeccion moral, ya se considere en sí misma, ya en sus efectos. Considerada en sí misma, representa una maravillosa armonía y una concordia permanente entre todos los elementos de nuestro ser. Su accion es regular y constante, y por tanto, la perfeccion moral es la realizacion de lo bello en el carácter, de lo fuerte en la accion, de lo fecundo en el bien: sus efectos son la paz interior y la felicidad en todo sentido. Nada, en consecuencia, puede interesar mas al hombre que adquirirla, y en consecuencia, ella debe reasumir sus aspiraciones, sus deseos y su conducta.

### CAPÍTULO SEGUNDO.

PRIMERA CONDICION QUE PARA SU ADQUISICION EXIGE LA PERFECCION MORAL.

El primer medio de conseguir esta perfeccion consiste en desecharla con vehemencia, con eficacia y perseverancia. No hai duda en que la voluntad instintivamente se dirige al bien, y el entendimiento reconoce la perfeccion como un bien; pero esto no basta: es necesario que las tendencias de la voluntad tengan una fuerza superior á las de las pasiones, y por lo mismo, creemos que no podrá el hombre dar un solo paso, si no comienza por adquirir esos deseos fuertes que arrastran en pos de su objeto á todas las facultades morales.

Pero puede concebirse un deseo vehemente y aun una especie de entusiasmo por la perfeccion, sin conseguirla por esto. ¿Cómo? limitándose al impulso de un sentimiento, sin tratar luego de acometer á la empresa de alcanzar lo que se desea. Esto es tan comun, que de ello nos da un testimonio constante la experiencia. Raras veces el pensamiento se aduna con la accion en las grandes empresas, y el individuo lo mismo que la sociedad, nos presenta con harta frecuencia el fenómeno de designios abortados, pensamientos estériles y pasiones dominantes. ¿Qué medio pues para hacer útil el deseo de la perfeccion? Darle un carácter eficaz, haciendo pasar el pensamiento á la accion y poniendo en práctica desde luego los medios de conseguirla.

Mas, ¿de qué servirian estos primeros pasos de la conducta, si á poco andar, el hombre se detiene y retrocede hasta mas acá del punto de partida, esto es, hasta la voluntad en desórden y las pasiones en triunfo? Todo en este caso

sería perdido, y en consecuencia, no basta la eficacia del deseo; es necesaria tambien la eficacia de los medios, que consiste en la perseverancia constante en la grande obra de la perfeccion. Deseos vehementes, medios eficaces, perseverancia continua en la accion: he aquí, como al principio deciamos, la primera condicion para que el hombre llene su destino sobre la tierra.

### CAPÍTULO TERCERO.

CARÁCTER MORAL DEL DESIGNIO, ORDEN DE LOS MEDIOS, PRIMEROS PROCEDIMIENTOS DE LA ACCION.

Por vehementes que sean las combinaciones y deseos, pronto el paso á la ejecucion, y firme la resolucio de perseverar, no por esto la grande obra reúne todas las garantías en su carácter y en sus resultados. Esto quiere decir que una sabia prevision y una prudencia cautelosa deben dar al mismo tiempo el carácter y el tono al pensamiento y á la conducta. ¿Cómo conseguirlo? Moralizando el designio, ordenando los medios, rectificando la accion desde sus principios.

El designio se moraliza todo en la intencion del que le concibe: si la intencion es recta, el designio será moral; si es, empero, tortuosa y bastarda, será por lo mismo immoral. Es pues una condicion precisa rectificar la intencion para la moral de todo.

La intencion se moraliza en el principio, en el medio y en el fin. ¿De qué manera? dando al designio un principio noble, un objeto digno, una direccion ordenada y un fin verdadero y santo. Lo primero depende de nosotros, lo último lo ha señalado Dios y lo revela nuestra propia naturaleza; lo segundo y lo tercero está regido por la lei.

Los medios deben emplearse con orden relativamente al objeto: su esfera de aplicacion está en los obstáculos y en las causas impulsivas: destruir los primeros, reunir y ordenar las segundas al objeto, que es la perfeccion; he aquí todo. Hecho esto, solo resta reasumirlo todo en el sistema de los procedimientos.

Estos, en su accion sobre los obstáculos, abrazan la educacion, las ideas, los hábitos, las necesidades mismas cuando de algun modo pueden oponerse á la ejecucion del designio. Es pues indispensable comenzarle volviendo una mirada reposada y discreta sobre las ideas, las opiniones, los hábitos, las necesidades dominantes, &c., &c., para des-

truir en ellas lo que puede ser perjudicial, conservar, afirmar y fecundar lo que pueda ser útil y provechoso. En consecuencia, debemos llamar al criterio todas estas causas impulsivas, examinarlas, calificarlas, depurarlas en el sentido moral, dar un carácter científico á las preocupaciones legítimas, extirpar las que no merezcan este nombre, rectificar las ideas, depurar las doctrinas, reducir á sus naturales límites las necesidades diversas, y comenzar la guerra sobre los hábitos malos, á fin de trasformarlos en elementos de virtud, cambiando su objeto, su principio y su acción.

#### CAPÍTULO CUARTO.

EL DESTINO.—LA VOCACION.—EL ESTADO.

El fin común á que somos llamados todos por el mismo que nos sacó de la nada y ha puesto á nuestra libertad una lei para reglar nuestra conducta y ameritar nuestras acciones, constituye el destino de toda la humanidad. Nada es en consecuencia mas importante, como ya lo hemos inculcado, que proponernos este destino por mira y blanco de cuanto pensamos, decimos y hacemos. Mas el destino general tiene sus formas particulares en cada uno, porque no todos somos para todo. Todos debemos ir á Dios por la práctica de su lei; mas cada uno se dirige á este fin y obsequia esta lei segun la forma particular de su destino sobre la tierra. Hai entre los hombres diversas condiciones, clases, profesiones, &c., &c., cada una de las cuales tiene obligaciones propias y una perfeccion relativa. Despues de comprender nuestro destino general, nada es tan indispensable pues, como saber cuál es la forma propia de nuestro destino, bajo qué sistema de vida, en qué orden ó clase debemos colocarnos para que la direccion de nuestras fuerzas morales halle ménos obstáculos y mayor número de medios para dirigimos á nuestro último fin. Esta forma particular del destino de cada uno es objeto de un llamamiento tambien particular que Dios hace al hombre, y por lo mismo se llama *vocacion*. Cuando, correspondiendo á la vocacion nos fijamos definitivamente donde debemos de estar, entónces hacemos lo que se llama *tomar estado*. Infiérese de aquí, que segun el orden moral, el estado emana de la vocacion, y la vocacion viene del último fin; pero emana libre y no necesariamente; y en consecuencia, el

hombre, pervirtiendo el uso de su libertad, puede colocarse en un estado contrario á su vocacion y aun á su último fin.

Esta radicacion moral es, por lo mismo, un suceso crítico en la historia de nuestros destinos: carácter que despierta fuertemente las alarmas todas, pues nada seria tan peligroso como salirse, por una eleccion imprudente, de la linea que corre de Dios á Dios, como principio y fin de todas las cosas; y que nosotros debemos recorrer desde la cuna hasta el sepulcro, para llegar á nuestro fin y conquistar la eterna felicidad. Nada, por lo mismo, debe perdonarse para lograr el acierto en tan peligrosa resolucion, y por tanto, ella presupone una intencion pura, una reflexion atenta, un exámen escrupuloso, una prueba bien sostenida, y sobre todo, un especial concurso de la naturaleza con la gracia.

#### CAPÍTULO QUINTO.

PRINCIPIOS INVARIABLES DE LA CONDUCTA.

Cuando el hombre se coloca definitivamente en un estado, cualquiera que sea, experimenta en sí mismo la necesidad de sentir y mostrar en todo, que se halla constituido; porque esto quiere decir *estado*; palabra que, derivada del verbo latino *stare*, significa una radicacion completa, cierta especie de inmovilidad en los principios, en los medios, en la conducta, en la vida toda. No la inmovilidad física de una roca inerte, sino la inmovilidad relativa representada en los astros que se mueven constantemente sobre sus ejes sin cambiar nunca la linea de direccion. Esto quiere decir, no que el estado debe hacernos inertes y poltrones, sino regularizar nuestro movimiento, sistemar nuestro proceder, y mantener en la variedad de nuestras acciones la unidad de nuestros principios. El estado en el hombre, pide estabilidad en su conducta, la estabilidad presupone principios fijos y acción consecuente; pues lo que á esto se opone, conviene á saber, la inconstancia y versatilidad en el pensar, en el querer ó en el obrar, es el peor enemigo del estado, el obstáculo mas insuperable para la felicidad.

¿Qué hacer pues para evitar estos vicios y conseguir aquellas ventajas? Afírmarnos ante todo en las ideas, y en las resoluciones, conquistar el poder moral que presupone la consecuencia entre los principios y la conducta.

Para lo primero, necesitamos definir la felicidad para nuestro entendimiento, para nuestro poder y para nuestros goces: triple definición, que nos pone á cubierto de un triple peligro. ¿Cuál? El de descubrir otra mejor, el de reconocernos incapaces de alcanzar la que hemos comprendido, ó el de hallarnos poco satisfechos con la que hubiésemos alcanzado: una felicidad que excluye á otra mejor, un poder que excluye á otro mayor, un goce que no tenga límites en ningun sentido; he aquí lo único que puede dar al hombre firmeza en sus principios, consecuencia en su conducta, contento y satisfacción en su estado.

Los tres requisitos que acabamos de indicar, exceden con mucho los recursos del entendimiento, de la voluntad y de la libertad; y de aquí resulta que necesitamos ver la felicidad con la fe, buscarla con la esperanza, estimarla con la caridad; porque la fe nos brinda una verdad infalible, la esperanza nos coloca bajo el influjo de un poder infinito, y la caridad, radicándonos en Dios como sumo bien, despoja los otros bienes de cuantos títulos pudieran presentar á nuestro corazón.

Apoderado el hombre de estos tres grandes elementos, se hace superior á sí mismo, y el que se hace superior á sí mismo, se hace superior á los otros. Grande conquista, por cierto, inaccesible al poder del hombre la cual ha hecho decir á San Juan que "la victoria que al mundo vence, es nuestra fe."

La primera ventaja que el hombre consigue por estos medios, es adquirir la mas absoluta independencia del juicio, la opinion y la voluntad de los hombres. Puede cada uno de estos hacernos justicia ó mancharnos con calumnias, aplaudirnos ó silvarnos, darnos fama ó deshonra, porque nadie puede poner diques á una libertad abusiva; mas afirmados en nuestros principios, contentos con el juicio de Dios y tranquilos con el dictámen de nuestra conciencia, seguiremos adelante, superiores á las angustias, á las tribulaciones, al hambre, á la desnudez, á los peligros, á las persecuciones, á las cadenas, al hierro homicida, y tambien á los placeres, á la fama, á los aplausos, á la celebridad y á esta sombra de gloria que deslumbra las miradas del mundo.

Coligese de lo dicho, que este sistema fijo de principios, esta consecuencia de conducta, esta perseverancia de accion, esta independencia y seguridad, no viniendo solo del hombre, presentan asociadas continuamente la religion y la naturaleza. A esta sociedad feliz debemos ocurrir en

consecuencia para ilustrar nuestros principios, enderezar nuestros caminos, afirmar nuestros pasos y regularizar todo el sistema de nuestros procedimientos morales para la grande obra de nuestra perfeccion. No apartaremos pues la naturaleza de la gracia en la exposicion de estos medios; pero procuraremos razonarlos todos, para que se vea que el criterio moral, como le propone el catolicismo, nada tiene de extraño, sino que en todo es conforme á la recta razon y á la sana filosofia.

### CAPÍTULO SEXTO.

QUEJADA GENERAL SOBRE LOS MEDIOS PRÁCTICOS DE PERFECCION QUE NOS PROPORCIONA LA FILOSOFÍA CATÓLICA.

Estos medios obran en dos sentidos, el de repeler los obstáculos y el de favorecer los impulsos á la perfeccion; mas como de unos mismos elementos resultan las causas que favorecen ó perjudican á las virtudes, aquella doble accion se versa en una misma materia, conviene á saber, en las facultades intelectuales, fisicas y morales del hombre. Combatir en ellas los obstáculos y favorecer los movimientos felices; he aquí lo que hace el criterio moral aplicado á la conducta para realizar la perfeccion.

El orden fisico está representado en los sentidos; el orden intelectual en las potencias, en las doctrinas y en las ideas; el orden moral está representado en las acciones, cuyo diverso carácter y comun principio nos manifiesta las pasiones, los vicios, las virtudes, y en estas cosas el mérito relativo de la conducta. La filiacion propia de los medios que nos ocupan, está en los dogmas católicos para la inteligencia, en la gracia para la voluntad, en la lei para la libertad, en el magisterio moral para la conciencia, en la presencia de Dios para la conducta. Los dogmas, la gracia, la lei, el magisterio y la accion permanente de Dios sobre el hombre, le gobiernan, encaminan y conducen á la perfeccion, enfrenando sus sentidos, ilustrando sus potencias, ennobleciendo su voluntad, dirigiendo su libertad, conteniendo sus pasiones, precaviendo ó extirpando sus vicios, formando sus virtudes, santificando su vida y previniendo su gloria. Prosigámos pues nuestros estudios sobre el criterio moral, exponiendo metódica y especialmente cada uno de estos medios.

## CAPÍTULO SÉTIMO.

MEDIOS GENERALES Y PREVENTIVOS.—LECTURA.—MEDITACION.

Los moralistas y místicos llaman á la lectura de que tratamos, *leccion espiritual*, como si dijéramos, documento ó enseñanza para la ilustracion y gobierno del espíritu. El influjo de esta lectura en el sistema de la perfeccion tiene una importancia que han reconocido los sabios de todos los siglos. En efecto, la lectura contiene tres partes, *instruccion, ejemplo y persuacion*. La sola instruccion es estéril, el solo ejemplo es inseguro; mas la instruccion y el ejemplo, transmitidos á la voluntad por medio de la persuacion, desarrollan sobre el hombre moral un poder casi irresistible.

El movimiento del corazon hácia la virtud necesita estímulos, porque el hombre es naturalmente distraido, resiste á cuanto le impone algun sacrificio, y á fuerza de vagar fuera de sí mismo, por explicarnos así, llega por último, á salirse de los caminos rectos y seguros de la moral. He aquí porqué se ha llamado á la lectura *pasto del alma*, porque esta necesita del alimento, para vivir con la vida de la verdad y de la virtud.

Mas hai pastos alimenticios y sanos, y los hai tambien golosos y aun funestos. No basta pues, entregarse á la lectura; es preciso que la critica illustre la eleccion de los libros, para que ellos nos den la verdad y no el error, la moral y no la seduccion. Nada es tan dificil á un hombre, y principalmente á un hombre que necesita de lectura, como calificar los libros en que ha de hacerla. ¿Como suplir á esta necesidad? ¿Acaso apelando al juicio ageno? ¿Y quién responde del juicio ageno? La ignorancia, la superficialidad, la vanidad, la presuncion, la opinion, la falta de criterio, el interes, las pasiones mismas, se disputarian el derecho de regir á la multitud en la eleccion de sus libros; y la verdad correria entónces todos los riesgos en el órden público y privado, en la lucha de los partidos y en los desastres de las facciones. A este inconveniente ocurre la filosofia católica con la autoridad dogmática de la Iglesia, cuya voz, que es una para todos los pueblos, una en todos los siglos, una para todos los estados del hombre y de la sociedad, proporciona todas las garantías, elevando la difusion

DEL PENS. Y SU ENUNCIACION.

333

de la doctrina por los pueblos al rango de una institucion sublime, que no podria venir sino solo de Dios.

Mas la Iglesia no solo garantiza la doctrina, sino tambien su enseñanza; no solo define los dogmas y aprueba los libros depositarios de la verdad, sino que tambien ha instituido un magisterio que da directores y maestros á los individuos y á las naciones. Toda la gerarquía eclesiástica, desde el Sumo Pontífice hasta el último de los sacerdotes, tiene á su cargo esta enseñanza del mundo; y el hombre formado por la Iglesia cuenta en sus lecturas con la infalibilidad de los principios, la santidad de sus máximas, la seguridad de sus reglas, y al mismo tiempo, con directores expertos que las prescriban, ilustren y apliquen á la conducta moral de cada uno.

Mas la lectura, para ser provechosa, debe ser meditada: no se trata de pasar por la mente una luz fugitiva, sino de fijar todas sus potencias en el estudio serio de la sabiduria. Ya hemos visto en otro lugar<sup>1</sup> en qué consiste la meditacion, y no necesitamos de otra cosa para persuadir que solo ella es capaz de dar un carácter positivo á la lectura en la grande obra de la perfeccion moral.

## CAPÍTULO OCTAVO.

MEDIOS CONCOMITANTES.—LA PRESENCIA DE DIOS.—LA ORACION.

Existe un Dios que ha creado al hombre para sí, dádole una lei, y ejerce sobre él una vigilancia continua. He aquí una verdad en que están de acuerdo todos los filósofos, aun trayendo la cuenta desde las primeras edades de la filosofia; y una verdad que altamente nos persuade cuán necesaria sea la presencia de Dios y nuestro comercio con Él, para serle grato haciéndonosle propicio. El conocimiento de Dios y de sí mismo es ordinariamente la consecuencia precisa de una lectura sana y una meditacion bien sostenida. Este doble conocimiento engendra la humildad y la esperanza: una y otra forman la oracion en la mente, la colocan en labios y la llevan al cielo; y Dios, que ha prometido oír al que le habla, mostrarse al que le busca, y favorecer al que le pide, descendiendo con su gracia hasta el corazon, se une con el hombre, y en él forma ese íntimo comercio de afectos que se fecunda en la caridad y se consume en la gloria.

<sup>1</sup> Parte 1.<sup>a</sup>, secc. 1.<sup>a</sup>, cap. IV, § II.

Tal vez pareceremos excesivamente místicos y muy poco filósofos, cuando tratando del criterio moral, tomamos en cuenta la presencia de Dios y la oración del alma; porque hasta este punto de extravío suele llegar la razón presuntuosa del hombre siempre que abandona sus caminos á fin de aparecer soberana. Pero quítese la presencia de Dios, y el orden moral desaparece; quítese el orden moral, y el criterio de la conducta será un delirio de la fantasía, un juego del espíritu, un ente imaginario. El hombre no ve á nadie fuera del hombre, no teme sino al hombre, no espera sino en el hombre; y como la acción humana es inaccesible al espíritu ageno, no existirá, por cierto, medio alguno que garantice la subsistencia de la virtud en la tierra, si Dios no está presente. Al contrario, supuesta la presencia de Dios á la vista del alma, el hombre necesita ser un monstruo para no andar medido y compasado en su pensamiento, en su palabra y en su acción. El poder de esta presencia sobre la moral ha hecho prodigios en el mundo: si no se comprende este poder, es porque no se sabe por experiencia propia lo que es aquella presencia.

El hombre se distrae de ella, porque es naturalmente miserable y débil; mas le basta resolverse, para no dejarle escapar de su espíritu; porque Dios habla en lo pasado con los recuerdos, en lo presente con los objetos y las inspiraciones, en el porvenir con la magnificencia de sus promesas: habla á los sentidos con todas las maravillas de la creación, con todos los fenómenos de la naturaleza, con la vida y la reproducción de los seres. Es necesario verle en los astros, admirarle en los mundos, oírle en el estruendo de los mares, temerle en el poder concertado de los elementos, amarle en su acción prodigiosa que mantiene la vida y fecunda la creación. Su voluntad viste maravillosamente las flores que nos encantan, multiplica los panes que nos alimentan, y hace nacer los árboles que nos cubren. Su Providencia es un libro siempre abierto para el que no quiera desfallecer consumido entre las áridas especulaciones del ateísmo.

Cuando el hombre, acosado siempre por sus necesidades, asaltado de continuo por sus temores, desconsolado por su impotencia y perseguido por la imagen siempre desoladora de su propia miseria, se halla en frente de Aquel que es dueño del ser y de la felicidad, que todo lo puede para el necesitado, y todo lo quiere para el humilde, necesita estar desprovisto de razón y de sentimiento, necesita no tener ni aun instintos, para no levantarse á Dios y pedirle

cuanto le es necesario en su situación ó en su estado. Este movimiento del alma hácia Dios en pos del bien que se desea, es lo que propiamente hablando entendemos por oración.

La oración es no solo un medio que aconsejan los místicos para perfeccionarse en la virtud, sino un recurso á que han apelado todos los pueblos en medio de sus diversos cultos, porque ningún pueblo puede hallarse sin Dios, ningún Dios, entrando en cuenta las divinidades mentidas del paganismo, ha estado sin culto, y ningún culto ha existido sin oración. La oración es pues un medio que no puede desechar la filosofía; y es al mismo tiempo un requisito necesario de salud para cuantos tienen ya libre el uso de su razón, según las deducciones mas rectas de la moral dogmática del catolicismo.

Reasumamos: la naturaleza necesita la gracia, la gracia viene de Dios, y Dios no la concede sino al que la pide. Pedirla es orar: orar, es levantarse á Dios con el ruego: levantarse á Dios es tenerle presente. Luego la presencia de Dios y la oración de ruego figuran á la vez como requisitos y medios para conseguir la perfección moral.

## CAPÍTULO NOVENO.

### DEL GOBIERNO DE LOS SENTIDOS.

Los sentidos son el vínculo de comunicación que tenemos con los objetos colocados fuera de nosotros, y también el conducto por donde pasa al mundo exterior todo el sistema de nuestras afecciones internas. Ya hemos en otro lugar manifestado cuántos son los sentidos, <sup>1</sup> de qué manera transmiten á nuestra alma las impresiones de los objetos: allí procurámos fijar con respecto á ellos la idea de las sensaciones é indicámos los procedimientos exquisitos que presuponen la formación completa de las ideas sensibles. <sup>2</sup> En otro lugar consideramos los sentidos en sus relaciones con la verdad, establecimos su criterio fijando las leyes invariables de su buen uso y enumerando al mismo tiempo las causas diversas que pueden convertirnos en otras tantas fuentes de errores. <sup>3</sup> Réstanos ahora estudiar los sentidos en sus relaciones morales, considerándolos como elemen-

<sup>1</sup> Parte 1<sup>a</sup>, secc. 1<sup>a</sup>, Introducción.

<sup>2</sup> Id., cap. quinto, § III.

<sup>3</sup> Parte 3<sup>a</sup>, secc. 2<sup>a</sup>, lib. primero, cap. segundo.

tos activos y pasivos que pueden influir mas ó ménos en la marcha de las pasiones, en el nacimiento de los vicios, en la formación de las virtudes, en la fisonomía moral de la conducta, para tener una idea completa de lo que ellos pueden y deben ser en la órbita donde gira la acción del criterio moral.

El hombre, espíritu y materia, parece poner en la imaginación un lugar de cita para lo que tiene de mas espiritual y de mas sensible, y trasladar al sentimiento todas las fuerzas activas de la voluntad sobre el mundo espiritual y el mundo corpóreo. No sabemos por cierto lo que sería el cuadro moral del hombre sobre la hipótesis de que fuese un puro espíritu; pero bien podemos comprender que, tal como se ofrece á nuestro espíritu, el órden material en sus inmensas ramificaciones desarrolla un influjo mui vario sobre su pensamiento y su acción, modifica su ser en diferentes sentidos, da un cuerpo á sus deseos, una forma á su pensamiento, un colorido á sus concepciones, un movimiento siempre vario á su marcha intelectual y moral.

Si quisiéramos trazar por lo ménos el cuadro sinóptico de la siempre varia historia del hombre moral, tendríamos que hacer figurar en la escena sus sentidos como los primeros agentes de sus relaciones mixtas, los mas fuertes impulsos de su conducta privada y los motores mas permanentes de su vida social.

El hombre sin duda necesita siempre contar con la acción de los sentimientos, y esto es tan palpable, que cuando alguno le falta, parecen tomar los otros á su cargo, el reemplazar su acción, y toman al efecto una forma compuesta, y reciben, en consecuencia, un cierto incremento de vida.

La vida moral entrafia comunmente la vida física: esta es toda de relacion, y estas relaciones se obran por los sentidos: los sentidos en consecuencia no serán todo, pero sí son mucho, en el sistema de los agentes morales.

Mas los sentidos, considerados en sí mismos, son unos objetos físicamente buenos, porque son á propósito para ayudarle al hombre á llenar su destino sobre la tierra; pero como aquel usa de ellos libremente, puede convertirlos en instrumento de corrupcion, ó hacerlos servir á la causa siempre bella de la virtud. De aquí la necesidad extremísima de un criterio moral para el uso de los sentidos, y el objeto que nos hemos propuesto tratar en el capítulo presente.

No es de nuestro propósito ni demostrar sus influencias contradictorias, ni hacer sentir la necesidad de corregir es-

tas influencias convirtiéndolas al bien: para lo primero nos remitimos á la experiencia de todos los hombres, para lo segundo, descansamos en la lógica del sentido comun. Trátase del criterio, y lo que mas nos importa es ilustrar ciertas cuestiones prácticas cuya solución definitiva pertenece mas á la prudencia que á la lógica, porque sin duda alguna fuera del medio que puede situarse entre el libertinaje y la esclavitud de los sentidos, no descubriríamos otra cosa que confusion en lo especulativo y obstáculos casi insuperables en lo práctico.

## § I.

PRINCIPIO Á QUE DEBE SUJETARSE LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS.

La mortificación de los sentidos, que es una lei para el escritor ascético y una ironía para el filósofo materialista, se presenta en el órden de la ciencia moral, como un alto objeto de meditacion y de estudio. Probemos acercarnos á este criterio, fijando previamente sus principios.

El gran principio que debe gobernar esta materia, es el siguiente: "La mortificación de los sentidos es una causa instrumental, un medio de perfeccion, y no la perfeccion misma." Bajo tal carácter le acepta la moral con todas sus consecuencias lógicas y con todas sus aplicaciones prácticas. Siendo una causa instrumental y un medio, claro es que se la debe emplear en su línea y en su tanto. Importa explicar estas dos ideas. En su línea, conviene á saber, en cuanto es adecuada á producir un determinado efecto en favor de la moral: en su tanto, es decir, en aquel grado proporcional que baste al efecto favorable que se desea producir. De lo primero nace la regla general de que "una mortificación que no tiende á la mejora moral del individuo, debe desecharse." De lo segundo resulta que "el grado de intensidad ó continuacion ha de ser precisamente reglado por la prudencia."

Influye sobre la moral la mortificación de los sentidos, bajo tres diferentes aspectos, que vienen á concurrir todos en la unidad maravillosa con que todo se concierta en el cristianismo. Este triple influjo corresponde á un triple carácter, porque la mortificación tiene un carácter expiatorio, un carácter precautorio y un carácter meritorio.

## § II.

## APLICACION MORAL DE LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS A LA EXPIACION.

Presupuesto el pecado de origen, la expiacion es una lei necesaria para toda la humanidad, y una lei que parece no reducirse al código del Evangelio, sino hallarse universalmente representada en todas las instituciones del mundo. Todos los pueblos han tenido una doble legislacion, porque han tenido una doble necesidad; la legislacion civil que concierne los intereses, y la legislacion penal que castiga los delitos. Todas las naciones han tenido castigos, porque en todas ha habido delinquentes. Las penas son las expiaciones de los delitos, así como la impunidad seria la muerte de la sociedad doméstica, civil y política. Expia el hijo sus pequeñas faltas con los castigos que le imponen sus padres: expia el ciudadano sus delitos, descendiendo de la clase de tal hasta la humilde esfera de los criminales, sufriendo la restriccion de su libertad, pasando dias amargos en las cárceles, ó recibiendo tal vez en un patíbulo la última venganza de las leyes. El sistema de la expiacion es pues, aun humanamente hablando, una condicion de todo ser que puede abusar de su libertad, y por tanto una condicion de la humanidad. ¿Y no será tambien una lei de la naturaleza? El jugador expia sus excesos atrayendo sobre sí las consecuencias de su desórden con una fortuna precaria y una vida llena de privaciones. El que abusa de sus sentidos entregándose á la embriaguez, y abandonándose á esos vicios que la pluma se resiste á escribir, llevan en sus propios desórdenes el castigo de su corrupcion; y de esta suerte, aun en el órden puramente sensible, la naturaleza parece un legislador severo y un juez inexorable contra los excesos del hombre.

¿Y solo las relaciones entre Dios y la humanidad habian de carecer de esta lei? ¡Imposible! Al contrario, la lei divina es la única que, hermanando toda la severidad con toda la indulgencia, ha dado á los padecimientos del hombre un carácter verdaderamente expiatorio, elevándolos al rango de la penitencia y aplicándolos á la resurreccion de la esperanza. La penitencia es una condicion precisa para que el hombre se rehabilite á los ojos de su Dios; pero no hai penitencia sin expiacion, no hai expiacion sin pena, no hai pena sin mortificacion. Luego la mortificacion de los sentidos tiene en primer lugar, un carácter expiatorio.

Es por lo mismo de aplaudirse esa resolucion fuerte y animosa que conduce al hombre á mortificar sus sentidos, castigar su cuerpo y entregarse á las austeridades de la penitencia con el santo y noble fin de expiar sus propias culpas. Mas en este órden hai tambien su criterio, el cual no puede perderse de vista sin convertir el uso en abuso, y la mortificacion en un exceso cuando ménos imprudente.

El hombre debe mortificarse, pero respetando en sí el dominio del Creador; debe mortificarse, pero sin desatender al deber imperiosísimo de su propia conservacion; debe mortificarse, pero sin convertir en un criado inútil ó un soldado inválido, al hombre que vino al mundo para llenar cierto destino y producir ciertos bienes. ¿Quién aplaudiria esas mortificaciones imprudentes é indiscretas que destruyen en vez de corregir, é inutilizan en vez de habilitar mas y mas á cada uno para llenar las obligaciones de su estado, para cumplir los objetos directos con que ha venido á la tierra? Inliérese de aquí que la mortificacion aun expiatoria tiene ciertos limites, y está sujeta al gran principio de que el hombre se conserve siempre en estado de pensar, obrar y trabajar; en suma, en la gloria de Dios, perfeccion propia, bien de su familia y provecho de la sociedad.

## § III.

## SEGUNDO OBJETO DE LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS, PREVENIR EL MAL.

Cuando la mortificacion tiene un carácter precautorio, sus limites están reducidos á impedir que, por la excesiva libertad de los sentidos, lleguen las pasiones á tener un desarrollo contrario á la moral. Mas en esto se requiere sin duda mucho tacto, principalmente de parte de aquellos que tienen á su cargo la direccion de las conciencias.

En efecto, no basta la idea general de que la guarda de los sentidos es una de las mas preciosas garantías de la virtud; porque sin duda se necesita que esta custodia vaya regida por el triple conocimiento de la constitucion, del carácter y de la conciencia. No seria fácil decidir si es mas peligrosa una vista libre ó una imaginacion electrizada por la misma violencia de los obstáculos, por la fuerza de las privaciones; y así respectivamente de los demas sentidos.

¿Para qué tanto empeño en disminuir la bilis de esos hombres flemáticos que por nada se alteran, ó prescribir



ayunos á esas personas excesivamente nerviosas, cuyas pasiones parecen cebarse en la debilidad? Esto quiere decir que la mortificación presupone un conocimiento completo de las tendencias á donde puede arrastrar al hombre su temperamento, sus hábitos, sus circunstancias, su sistema de vida, &c., &c. Unos necesitarán mas cautela en la vista, otros en el oído, otros en el gusto, otros en el tacto, otros en la conversacion, otros en la soledad, otros en medio del mundo.

## § IV.

TERCER OBJETO DE LA MORTIFICACION, EL MEREIMIENTO.

La mortificación de los sentidos, ya se considere como expiacion, ya como precaucion, ya como abnegacion, tiene como todas las otras mortificaciones de la vida humana, un carácter meritorio, siempre que se reciben por un buen principio, se sufren con una voluntad recta y se encaminan á un fin verdaderamente moral: en esto nos hemos fundado para decir que los tres caracteres sobredichos se conciertan maravillosamente bajo el influjo de la moral cristiana, pues es la única que comunica un valor á la adversidad y otorga un reino á los sufrimientos.

## CAPÍTULO DÉCIMO.

DE LAS POTENCIAS EN EL ÓRDEN MORAL: SU ACCION SOBRE LAS VIRTUDES.—LA PRUDENCIA, LA JUSTICIA, LA FORTALEZA Y LA TEMPLANZA.

Hemos definido las potencias y facultades del alma; hemos hecho ver el sistema de sus relaciones; hemos indicado los primeros principios de sus leyes, reasumiéndolas en la conciencia y sujetándolas á la moral; hemos demostrado cómo ellas necesitan ser ilustradas por la lectura, fecundadas en la meditacion, custodiadas por la presencia de Dios y favorecidas por la gracia mediante la oracion. Esto basta para comprender cómo las potencias del alma bien dirigidas son un medio infalible de perfeccion moral, pues á ellas, propiamente hablando, corresponde prever, pensar, decidir y hacer cuanto es necesario para someter el gobierno de los sentidos á las reglas que quedan establecidas, neutralizando por este medio el influjo maligno de las pasiones, impidiendo la aparicion de los vicios, y facilitando los caminos de la virtud. Réstanos ahora mostrarlas en

accion al presentar el cuadro de esas virtudes que llaman *cardinales*, porque en el órden puramente moral y práctico de la conducta son como otras tantas basas sobre las cuales descansan las columnas que sostienen el grandioso edificio de la moral cristiana. Estas virtudes son la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*, de que hablaremos aquí.

## § I.

DE LA PRUDENCIA.

“Aristóteles definió esta virtud, *recta razon de lo que se ha de hacer*,” y San Agustin la llama, *ciencia de las cosas que se han de apetecer, y de las que se han de huir*. Supuestas estas nociones, define con mucho acierto á la prudencia un autor muy respetable: *una virtud del entendimiento que muestra lo que se debe hacer ó se debe omitir en cualquier negocio ó accion particular para obrar con rectitud.*”<sup>1</sup>

Presupone pues esta virtud el descubrimiento de los medios y su calificacion, esto es, el *consejo* y el *juicio*, así como tambien la resolucion y disposicion de poner en práctica los medios que se tienen como mas adecuados para conseguir el objeto. La memoria, la comprension, la observacion, la meditacion servirán para descubrir los medios; la circunspeccion, *sindéresis*, penetracion, &c., contribuyen á gobernar el juicio é ilustrar la eleccion que se haga entre los medios. El tacto, el celo y el carácter facilitarán siempre su ejecucion.

La prudencia entraña en su proceder las facultades del entendimiento y las de la voluntad, aquellas en lo relativo al juicio, estas en lo concerniente á la práctica; y por tanto la prudencia es una virtud.

Como ella se extiende á todo el sistema de las acciones, es por sí fundamento de la gran ciencia de la conducta, y por lo mismo una virtud cardinal. Como tiende á la práctica, supone una experiencia ilustrada y por tanto, es una virtud que, aunque tenga su fundamento en el talento y en el carácter, viene á formarse en la experiencia y en la práctica, y esta es la causa de que ella sea mas propia de la edad madura y de la ancianidad: mas como la edad y una larga experiencia se suplen con la observacion, el estudio, la meditacion y cautela en el vivir, será una propiedad en el jóven que desde los primeros años de su vida se haya de-

<sup>1</sup> Scaramelli. Directorio Ascético, tratado 3.º, art. 1.º, cap. 1.º  
TOMO II.